
Revista de Aragón

SUMARIO.—*Los que venden el voto y los que lo compran* (conclusión), por **D. Eduardo Ibarra**, pág. 129.—*La próxima epidemia de viruela en Zaragoza*, por **D. Vicente S. Gómez Salvo**, pág. 133.—*Cuentos infantiles* (XII), por **Z.**, pág. 135.—*La filosofía en el siglo XIX* (continuación), por el **Dr. Grafilinks**, pág. 138.—*Jardines y paseos en Zaragoza*, por el **Dr. Brayer**, página 142.—*El godo ó moro Ainzón* (conclusión), por **D. Francisco Codera**, pág. 146.—*La familia de Miguel Servet* (conclusión), por **D. Mariano de Pano**, pág. 151.—*Tendencias económicas del municipio contemporáneo*, por **D. Julio Juncosa Molins**, pág. 154.—*Variedades*, por **Paulino**, pág. 157.—*Bibliografía*, por **J. R.**, pág. 159.—*Noticias*, pág. 160.

LOS QUE VENDEN EL VOTO Y LOS QUE LO COMPRAN

(CONCLUSIÓN.)

SEGUNDO REQUISITO. Interés en los asuntos propios de la Corporación cuyos miembros van á elegirse.

Tratándose, cual acontece en los presentes momentos, de las elecciones para diputados á Cortes, es preciso que los electores se convenzan de que los asuntos que éstas han de resolver á todos interesan, y de que pueden colaborar en esta obra apoyando con sus votos á los candidatos cuyas opiniones estén más en armonía con las sustentadas por el elector.

No es difícil llevar este convencimiento al ánimo de los electores; lo más difícil es hacerles obrar con arreglo á él.

Opónese á esto la apatía del cuerpo electoral, aun la de aquellos ciudadanos que por su aparente cultura parece que debían estar más dispuestos á pensar por cuenta propia y á obrar en consecuencia; es frecuente oír lamentaciones del estado presente, escuchar diatribas contra los gobernantes y aun proponer remedios que se estiman eficaces para remediarlo; pero cuando se trata de obrar y no de hablar, entonces, no es menos frecuente oír frases como ésta: «yo no lo he de arreglar», «otros son los encargados de poner remedio», «mi voto poco puede influir», y otras análogas, que no son más que excusas inventadas para disimular nuestra apatía, ignorancia, ó poco amor á la patria.

Hay también otro prejuicio que se opone á que todos tomen la parte que debieran en los asuntos públicos, es el de suponer que ciertas medidas tan sólo interesan á los que directa é inmediatamente sufren sus consecuencias, buenas ó malas; trátase, v. gr., de una reforma arancelaria, y se cree que ésta es de interés exclusivo para comerciantes é industriales, y no para los médicos, militares ó abogados; se van á ocupar las Cortes, v. g., de la enseñanza, y se estima que eso interesa á catedráticos y profesores privados y á padres de familia; se reforma la marina y el ejército, y nos figuramos que sólo los militares y marinos deben preocuparse del asunto.

Este es un error muy grave: desconocer las leyes de la solidaridad social: no ver más, que los próximos efectos y no los remotos; y todos preferimos entregarnos al *dolce far niente* en vez de ocuparnos de lo que directamente no nos atañe. La peor organización y más costosa del ejército y la marina, las sufragamos todos los contribuyentes; un encarecimiento de los productos fabriles dificulta la vida de todos los ciudadanos, y esto puede ser el resultado de una indiscreta medida arancelaria; los efectos de la mala enseñanza los sufren no sólo el padre de familia, sino el célibe, que no encuentra abogados, médicos ó ingenieros, adornados de los conocimientos y práctica que deberían poseer; y, por último, la solidaridad social es de tal naturaleza, que, á semejanza de lo que ocurre en el cuerpo humano, no puede estar enfermo un órgano, sin que todo el organismo se resienta, en más ó menos.

Pero donde importa sobremanera que estas ideas arraiguen, es en esa masa de electores que venden el voto. Si se convencieran de que podían con su sufragio modificar la marcha de los negocios públicos, en vez de soñar con medios violentos para subvertir el orden social acariciando ideas de despojo á los ricos y reparto de riquezas, convertirían sus esfuerzos á lograr un mejoramiento progresivo, al par que lento, en su situación; mas, para conseguir este resultado, es preciso que las clases directoras los vayan educando, y á este fin deberían tender, otorgándoles aquellas concesiones que demandasen y fueran posibles dentro de la actual situación de la sociedad. Es fácil que de esta suerte se evitasen huelgas que toman á veces tonos de violencia é imposición; quizá al principio las masas ineducadas pidieran concesiones imposibles de conceder, y aun á veces contraproducentes, mas poco á poco seguramente se irían educando y aprendiendo: tal sucede en Inglaterra donde se da el caso (imposible hoy en España) de que distritos en donde predomina la clase obrera, voten á candidatos conservadores.

Por desgracia, entre nosotros, las clases directoras no proceden de este modo; acceden á las peticiones del proletariado cuando no tienen medios de resistir; les empujan á procedimientos de violencia; no les hacen tener fe en el valor y eficacia de su voto, que compran como una de tantas mercancías; y, luego, se extrañan de que lo vendan, y aun les censuran por hacerlo. ¿Cabe discurrir con menos lógica, y obrar con mayor desconocimiento de la realidad?

TERCER REQUISITO. Independencia suficiente para no sufrir las asechanzas de quienes pretendan coartar el ejercicio del sufragio.

Dos condiciones son necesarias para lograr esta independencia: que el elector consiga por su propio esfuerzo ser independiente; que los demás contribuyan á que lo sea, por medio del respeto á las opiniones ajenas.

Ambas están íntimamente unidas: la independencia individual la logra el ciudadano, en cuanto su voluntad es más fuerte, y está aun robustecida por la fe en sus propias opiniones; y éstas se logran con una mayor ilustración. Es difícil en este punto indicar medidas que tiendan á conquistarla, pues varían en cada caso particular. El segundo punto ya es más claro: todos deberíamos respetar las opiniones ajenas y velar por la independencia del elector; pero aquí es precisamente donde se cometen los mayores abusos, principalmente por las clases directoras.

Conozco muchos distritos donde los dueños de fincas exigen á los jornaleros que las trabajan ó las tienen en arriendo, votar en determinado sentido, bajo pena de quedar sin las tierras, ó sin el jornal con que atienden á su subsistencia; dueños de fábricas y talleres que obran de la misma manera con sus operarios; y sería inacabable la lista, si hubiera de ir presentando sucesivamente todos los medios que se ponen en práctica por los candidatos y partidos políticos á fin de conseguir su triunfo á costa de la pureza del sufragio y de la independencia del elector.

Lo más sensible es que estemos tan habituados á este régimen, que á casi nadie no sólo no le indigna, sino que casi no le extrañan semejantes procedimientos; y para algunos son tan naturales, que en ellos fundan su influencia, talento y habilidad. Lo que no se concibe es que, luego, los mismos que compran el voto ó los que obligan á darlo gratis ó á cuenta de servicios, se extrañen de que las gentes lo vendan y los inculpen por eso.

Quienes así proceden no tienen noción exacta del daño causado con su conducta; no aprecian los resultados lejanos que en la sociedad originan esas sistemáticas y constantes detenciones de la opinión ajena y los efectos que produce el tener que gobernar á masas ineducadas políticamente, las cuales, faltas de la costumbre de expresar ordenadamente sus juicios, caen con suma facilidad en el deseo de adoptar temperamentos de violencia, á poco que las hurguen y estimulen.

Las clases directoras, en vez de ilustrar y dirigir á las masas, las utilizan y engañan en muchas ocasiones, sin percatarse de que el motín callejero lo engendra, no el tribuno ardoroso que predica, sino el cacique político, el cual lentamente ha formado en el pueblo una masa de ignorantes y desesperados.

Y cuando éstos venden el voto, al que no dan importancia (porque nadie les enseña prácticamente que la tiene), los mismos que lo compran les censuran por venderlo.

CUARTO REQUISITO. Un ideal político cualquiera.

No quiero decir que todos los ciudadanos hayan forzosamente de adoptar en toda su integridad uno de los ideales políticos que hasta nuestra época se han venido preconizando como panaceas salvadoras, que resuelven todas las cuestiones que afectan á la vida del Estado; afortunadamente va pasando

de moda esa manera de ver la cuestión. Sin embargo, aun hay quien cree que de implantarse la república ó el absolutismo, íbamos *ipso facto* á salir de penas y á entrar en una época de venturas sin cuento ni término. No lo creo así y sinceramente lo digo: me refiero, al hablar de ideal político determinado, á que todos los ciudadanos procuren enterarse de la solución más conveniente de aquellos problemas que el correr de los tiempos y las circunstancias de la vida nacional ponen sobre el tapete. Cerrar los ojos á la realidad (haciendo como el avestruz perseguido, que oculta la cabeza bajo del ala, creyendo así sustraerse á la persecución), será muy natural entre los avestruces; mas no es propio de seres racionales.

Sé que algunos lectores, al pasar su vista por las anteriores líneas, me tacharán quizá de soñador, al pretender que se implanten modos de obrar muy distintos de los que hoy existen: no me importa el calificativo, ni pretendo que por virtud de mis reflexiones cambien rápidamente las costumbres políticas de mis contemporáneos; mas creo en la eficacia de la palabra escrita, y sé que no serán acaso totalmente inútiles, si en otros consiguen aquéllas despertar sentimientos análogos á los que me guían al escribirlas.

Cese en tanto esa constante inculpación al pueblo que vende el voto y digamos: sensible es que los votos se vendan; pero aun es más sensible y vergonzoso, que los votos se compren.

EDUARDO IBARRA.



La próxima epidemia de viruela en Zaragoza ¹

Señores:

No es la primera vez que en este mismo sitio habéis escuchado magistrales discursos de eminentes comprofesores míos, en que con tanta riqueza en la doctrina como galanura en la forma, han abordado el estudio de cuestiones con la salud pública de Zaragoza relacionadas. La salud pública, que con la paz pública constituye los dos más preciosos dones con que la Providencia ha embellecido la vida social, es un asunto entre nosotros tan descuidado, que parece nos hayamos puesto de acuerdo para hacer de cada día más insostenible la abrumadora carga de mortalidad que sobre Zaragoza gravita: por eso, como escribía en fecha cercana, hace algunos años que la clase médica de esta población ha emprendido una perseverante campaña encaminada á llevar al ánimo de todos el convencimiento de que Zaragoza vive muchísimo peor de lo que debe y puede vivir una ciudad de su categoría y de sus recursos, y que, de continuar así, nuestros balances demográficos serán de cada día más ruinosos.

La tenacidad con que esta campaña se sostiene es aragonesa; la autoridad de los que en ella tomamos parte, con una sola excepción, de primer orden; los datos aportados á este proceso higiénico, tan numerosos como demostrativos; las deducciones de ellos desprendidas, irrefutables; y los consejos recomendados, de fácil y necesaria ejecución; mas todo el edificio falsea por el lado de los resultados: los resultados han sido, hasta la fecha, nulos.

Este nobilísimo empeño en que andamos comprometidos está sobradamente justificado. Cuando, no hace mucho tiempo, uno de nuestros periódicos, el *Heraldo de Aragón*, puso sus columnas al servicio de esta empresa, defiriendo á indicaciones con que me honró su director, tuve ocasión de demostrar numéricamente (única demostración valedera en demografía) varios hechos, y de adquirir un compromiso. Los hechos, bien desconsoladores por cierto, eran éstos: 1.º, Zaragoza tiene una mortalidad anual por mil enorme: 35'17, es decir, casi el doble de las ciudades modernas bien cuidadas; 2.º, pierden anualmente 300 individuos que mueren más que nacen; 3.º, este exceso de mortalidad es debido á enfermedades evitables; y 4.º, una de éstas, la viruela, permite, por su manera de evolucionar, predecir su aparición y evitar su desarrollo.

«Yo anunciaré en sazón oportuna la probable explosión epidémica de tan cruel azote», escribí entonces: éste es el compromiso público, espontáneo y solemnemente contraído; y como pienso que la ocasión ha llegado, aquí vengo á cumplirlo lleno de buen deseo, pletórico de datos estadísticos con el mayor cuidado recogidos, sediento de remedio para este verdadero oprobio

¹ Discurso pronunciado en el Ateneo el 30 de Marzo de 1901, por D. VICENTE S. GÓMEZ SALVO, ex-ayudante de Clínicas de la Facultad de Medicina y médico de número de la Beneficencia Provincial.

de la capital aragonesa y no falto de autoridad, pues la que á mí me falte daránmela generosos el docto Centro en que hablo y el ilustrado público que me escucha.

El año 1895 y por estos mismos meses, andaba yo atareado buscando en el registro civil datos para la confección de una memoria acerca de «Las enfermedades infecciosas más frecuentes en Zaragoza, bajo el doble punto de vista de su etiología y profilaxis» y entre las numerosas enseñanzas que recogí de sus empolvados folios, ninguna hirió tan vivamente mi espíritu de médico como la relativa á la evolución de la viruela: yo veía una epidemia en 86-87 y otra muy mortífera en 1891; que en 1881 había reinado la viruela epidémicamente, sabíalo por un trabajo del malogrado médico militar, víctima del cólera, el Dr. Assiron, y por el discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina del presidente de este Ateneo, el Dr. Borobio. Esta viruela, pensé entonces, aparece ó se exalta cada cuatro ó cinco años, en forma epidémica; y, como á principios del 1896 apareciesen una porción de circunstancias de que luego os hablaré, ya que se están repitiendo en la actualidad, predije, con la timidez natural del que oficia de profeta y sólo entre mis íntimos, que en 96-97 sufriríamos otra epidemia de viruela: así sucedió, y ya desde aquel momento no dudé en dar publicidad oportunamente al hecho descubierto; y así lo hago, pensando, como pienso, que al hacerlo cumpla un deber inexcusable y presto un servicio á la población.

Para completar mis datos estadísticos, volví de nuevo al registro civil, y desde 1.º de Enero de 1871, día en que empieza en España esta documentación oficial, hasta el 31 de Diciembre de 1900, he recogido todas las defunciones por viruela ocurridas en Zaragoza y los barrios anejos á la capital. Comprende mi estadística, por consiguiente, treinta años; y no comprende más, porque antes del 71 las defunciones se inscribían en las parroquias y buscarlas allí constituiría una labor de muchos meses, que yo habría acometido con gusto, si no me detuviera la consideración de su inutilidad: lo que estos treinta años no nos enseñen, no han de enseñárnoslo la mitad ni todo el siglo XIX.

El tema que voy á tener el honor de desarrollar es, como sabéis, «La próxima epidemia de viruela en Zaragoza»: enunciado llamativo, mas peligroso; enunciado que encierra una afirmación grave; afirmación que ningún médico serio puede hacer sin sólido fundamento; y afirmación que, siendo de próximos y evitables desastres sanitarios, reclama, como complemento, la investigación de causas y remedios.

De aquí la división natural de mi tarea en dos partes: en la primera estudiaremos el *fundamento* de mi vaticinio, que no es otro que la «Evolución de la viruela en Zaragoza durante los últimos 30 años»; y en la segunda, la «Etiología y Profilaxis», es decir, las causas que han ocasionado la mortalidad por viruela, y los remedios conducentes á evitarla en lo sucesivo.

GÓMEZ SALVO.

(Se continuará.)

CUENTOS INFANTILES

XII

El de Relámpago y Pensamiento

Pues, señor, en una Corte vivía un sastre enfrente del palacio real, y un día estaba la hija del sastre regando una matita de albahaca que tenía en una ventana; la vió el príncipe, y, como la encontró tan hermosa, quiso entrar en conversación con ella y le dijo: señorita que riega la albahaca, ¿cuántas hojitas tiene la mata?; y ella dijo: dígame usted, señor caballero, ¿cuántas estrellas hay en el cielo?; y ya quedó empezada la conversación: se dijeron unas cuantas cosas más; otro día volvieron á hablar otro rato; otro día hablaron ya por mañana y por tarde; otro día por mañana, por tarde y por noche; y cuantos más días pasaban. más ganas tenían de verse y de hablarse porque estaban perdidamente enamorados.

La reina se enteró de estos amores y le dijo al príncipe:

—Pero, hijo, ¿en qué estás pensando? ¿te has bebido el juicio? ¿donde va á parar, enamorarse de la hija de un sastre!

—¿Qué quiere usted, madre, me gusta mucho; es muy hermosa!

—Será muy hermosa; pero no es princesa. Que te se quiten esas tontearías de la imaginación y que no vuelva yo á saber que hablas con la vecina.

El príncipe ya no se atrevió á asomarse de día; pero, por la noche, todas las noches hablaba con su novia. Ya llegó á saberlo la reina y le dijo:

—¿Pero es posible que sigas tan obcecado haciendo cocos á la vecina?

—No se canse usted, madre; me casaré con ella.

—Pues bien, ya que te empeñas, consiento en ello; pero ha de ser con la condición de que me ha de traer lo que yo le pida. Un día, paseando en un barquito, se me rompió un rosario y se me cayó una cuenta al mar: ¡que me la traiga!

El príncipe se lo dijo á su novia y su novia se fué al mar, buscó la cuenta, la encontró y se la dió al príncipe para que se la entregara á la reina. La reina dijo: bien, bien; déjame, déjame; ¡el demonio de la pelindrusca! no te casas con ella, no.

Otro día pidió la reina otra cosa aun más difícil de conseguir y también

la consiguió como si fuera lo más fácil del mundo; y otro día otra cosa mucho más difícil, y lo mismo; y como estaba tan cerrada en que su hijo no se había de casar con la hija del sastre, siempre decía: ¡bah, bah! que no te casas, no; que no te casas.

Por fin la novia, cansada ya de servir á la reina en los caprichos tan raros que tenía para no ganar nada con eso, le dijo al príncipe:

—Mira, ¿sabes lo que podemos hacer? escaparnos esta noche: coge dos caballos, uno para tí y otro para mí, y nos escapamos.

—Pero no podrá ser, porque lo notará en seguida, pues desde hace unos cuantos días me duermo en una alcoba tabique por medio de la de mi madre y á cada momento me pregunta: ¿duermes? y yo, si estoy dormido, le contesto: si duermo; y si estoy despierto, digo: no duermo.

—Bueno, eso se remedia fácilmente: á la noche haces como que te vas á dormir y echas en la alcoba un escupinajo, que él contestará por tí hasta que se seque, y tú vas á las caballerizas, coges dos caballos y cuando nos vayan á buscar ya estaremos á cien leguas de aquí.

Así lo hizo el príncipe y se marcharon aquella noche, él á caballo en Relámpago y ella en Pensamiento, que eran los caballos más corredores de todos los que tenía la reina.

Durante la noche preguntaba la reina de cuando en cuando: ¿duermes? y oía la contestación como si fuera de su hijo: si duermo.—¿Duermes?—Si duermo; pero el hijo no hacía más que trotar y galopar en compañía de la hija del sastre; y si no corrían más, y si se paraban á descansar algunos ratos, era porque el caballo Pensamiento tenía la virtud de hacer todo lo que la señora quería que hiciera.

Allá á las diez de la mañana seguía preguntando la reina: ¿duermes? y aun oyó contestar: sí duermo; pero tan bajito, tan bajito que casi no se oía y al poco rato, cuando volvió á preguntar, ya no oyó ninguna contestación y dijo: ¡ya se me ha escapao!

Empieza á llamar á los criados, les pregunta por el príncipe, nadie le da razón, les manda que lo busquen por todo palacio y por los jardines y por las caballerizas, pero no lo encuentran por ninguna parte y le dijeron que faltaban también Relámpago y Pensamiento.

—Entonces ¡ciertos son los toros! ¡se han ido cada uno con su caballo! ¡A ver! ¡en seguida! ¡ensillad los caballos que más corran y vámonos á buscar al príncipe, que ya se habrá parao él en el camino más de cuatro veces y hoy mismo los podremos alcanzar!

Los criados ensillan los caballos y la reina y los criados montan y echan á correr sin parar en toda la tarde. Antes de ponerse el sol, cuando iban corriendo por un sitio que estaba un poco en alto, vió la reina á su hijo y á la vecina, que iban a caballo muy despacito, y dice: picad espuela, que ya se ven; y á lo que iban á llegar adonde estaban el príncipe y la hija del sastre, dice la hija del sastre: caballo Pensamiento, vuélvete una huerta y que yo sea la hortelana y el Relámpago que se vuelva borrico y el príncipe que sea el hortelano cavando las coles.

En cuanto la reina llegó á la puerta de la huerta, le preguntó á la hortelana:

—¿Ha visto usted pasar por aquí un caballero y una señora, á caballo?

—Sí, señora, de todo tengo: apio, escarola, lechuga....

—Si no pregunto eso: digo que si ha visto usted pasar un caballero y una señora.

—Sí, señora, sí, y melocotones también, y ciruelas, y manzanas, de todo tenemos, de todo, gracias á Dios.

—¡Bah! se conoce que esta mujer es sorda.

Y siguieron adelante. La huerta se volvió otra vez Pensamiento, la hortelana hija del sastre, el borrico Relámpago y el hortelano príncipe y pasaron á la reina y á los criados sin que nadie los viera.

Poco después se dejaron ver y corre la reina á cogerlos: pero Pensamiento se vuelve ermita, el príncipe un cura diciendo misa, Relámpago el monaguillo, y la hija del sastre una vieja de rodillas. Entra la reina en la ermita y le pregunta á la vieja:

—¿Ha visto usted pasar por aquí un caballero y una señora, á caballo?

—Sí, señora, todavía llega usted, que no han pasao el misal.

—Si no pregunto eso: digo que si ha visto usted pasar un caballero y una señora.

—Vamos, déjeme usted rezar; arrodílese usted y oiga usted la misa con devoción.

—¡Bah! se conoce que esta mujer está tan sorda como la otra.

Y la reina y sus criados siguieron adelante. La ermita, el cura, el monaguillo y la vieja se volvieron otra vez lo que era cada uno y pasaron á la reina y á los criados sin que nadie los viera.

Cuando ya era de noche se dejaron ver y corre la reina á cogerlos; pero la hija del sastre dijo:

—Está visto que esta buena mujer no nos va á dejar en paz: caballo Pensamiento, vuélvete un monte, y tú, Relámpago, vuélvete un río y que no te vea la reina y trágatela cuando pase.

La reina, que estaba tan contenta viendo que ahora los iba á coger, no vió el río y allí se ahogó. El príncipe y su vecina se volvieron entonces á su palacio con todos sus criados, se casaron, tuvieron muchos hijos, vivieron tan felices y colorín colorao mi cuento ya se ha acabao. ¿Te ha gustao? Pues por eso lo he contao.

Z.



La filosofía en el siglo XIX

(CONTINUACIÓN)

Tradicionalismo y ontologismo. El desbordamiento de las ideas, que en la esfera intelectual y política trajo consigo la revolución francesa, fué tan universal y tan brusco, que casi todos los que se propusieron detenerlo en sus avances y dirigirlo por el cauce de la verdad y de la justicia ó perecieron ahogados por la corriente, como Lamennais, Bautain, Rosmini, etc., ó adoptaron posiciones tan insostenibles, que hubo de desecharse su labor, para edificar de nuevo sobre mejores cimientos. A esto vino á parar el esfuerzo de casi todos los filósofos católicos en la primera mitad del siglo XIX. Resultado, que no debe sorprendernos; porque combatidos los dogmas fundamentales del credo católico, puestas en tela de juicio verdades que hasta entonces se habían tenido por inconcusas, planteado un sinnúmero de problemas cuya solución á veces era de capital importancia para los intereses de la Iglesia, y discutido el principio de autoridad en el orden político y religioso, se necesitaba un esfuerzo colosal en los apologistas para llevar de frente todas esas discusiones y sacar incólume el depósito de la fe á través de tantos peligros.

Si á esto se añade, que la herencia recibida de sus inmediatos antecesores había sido extremadamente pobre (pues la *escolástica*, aliada fiel y constante del dogma cristiano, apenas si da señales de vida, después de la restauración briosamente iniciada por los filósofos españoles á fines del siglo XVI) se comprenderá que jamás haya visto la Iglesia nacer de su seno menos filosofía y más sistemas heterodoxos. Así vemos que, para contestar á las exageraciones del racionalismo, se cercenan los fueros de la inteligencia humana, hasta convertirla en mero fonógrafo de la divina revelación, como si no hubiera otro criterio para las investigaciones científicas que la palabra revelada; y para hacer frente al idealismo germánico, se fraguaron sistemas en los que no sólo se afirmaba el realismo, sino hasta la visión directa del Ser supremo. Al lado de estas dos tendencias, se encuentran algunos mantenedores de la escolástica, pero sin resonancia ni habilidad bastante para crear una corriente poderosa de opinión ¹.

Examinemos brevemente la doctrina de los filósofos que más se distinguieron en esas dos direcciones, tradicionalista y ontologista.

Bonald (1754-1840). Tan bajo concepto tiene formado de la filosofía el representante más genuino del tradicionalismo, que sólo á título de adversario puede figurar en la historia de aquella ciencia. Lejos de ver en la *Historia comparada de los sistemas* de su compatriota Degerando, un esfuerzo constante y progresivo de la razón humana para dar solución á problemas que tanto le preocupan, el Vizconde de Bonald no ve otra cosa que una serie de desaciertos y la confirmación de la incapacidad de la filosofía para imponerse á los espíritus, porque ni tiene «la auto-

¹ De ellos hablaremos más adelante.

ridad de la evidencia, ni la evidencia de la autoridad,» que son los dos únicos móviles de la razón humana. Sólo los Padres de la Iglesia, dice, pudieron encontrar la verdad, merced á la revelación, que es el criterio supremo de certeza y la base de todos nuestros conocimientos.

No sólo la verdad, sino también las ideas deben su origen á la palabra divina. «El hombre, escribe en su obra, *Legislación primitiva* ¹, tiene necesidad de signos ó palabras lo mismo para pensar que para hablar, es decir, que el hombre debe pensar su palabra antes de hablar su pensamiento. De aquí resulta que, como el hombre no puede inventar nada sin pensar, ni pensar sin signos, necesariamente hemos de recurrir á otro ser distinto del hombre para explicar, no la facultad de articular, de la cual no están completamente privados los animales, sino el arte de expresar su pensamiento.»

Pero no puede ser la revelación el motivo supremo de la certeza de nuestros juicios, puesto que, para enterarnos de aquélla, nos es preciso fiar no sólo en nuestras facultades de conocer sino á veces hasta en el mismo testimonio humano; de manera que la solución del problema crítico del conocimiento, aun dentro de la dirección señalada por Bonald, quedaba incompleta.

Así lo comprendió el mismo Lamennais (1782-1854) que, al examinar esa cuestión en su obra, *Ensayo sobre la indiferencia*, la resuelve diciendo: el hombre individualmente no puede saber nada con certeza; necesita, para tener alguna seguridad en sus juicios, consultar el parecer del género humano, ó sea la «razón general.»

«En la teoría del abate Lamennais, la razón general es la única infalible, escribe el sapientísimo filósofo de Lovaina ². El Papa es el intérprete autorizado de esa razón general. Luego el Papa es el único depositario de la verdad.» Gregorio XVI, que regía á la sazón los destinos de la Iglesia, en la Encíclica *Mirari vos* condenó las doctrinas del abate francés, el cual, si bien al principio acató las enseñanzas del Pontífice, algún tiempo después empleaba su brillante pluma en escribir amargas censuras contra el proceder de Roma.

Hasta sus ideas filosóficas se modificaron notablemente; pues en el *Plan de una filosofía* que publicó hacia los últimos años de su vida (1841), sostiene que la idea de Dios no sólo es la primera, sino condición y medio indispensable para adquirir todos los demás conocimientos. En esta dirección, convierte la metafísica, no ya en una teodicea ontologista, sino en una concepción esencialmente gnóstica muy semejante, como dice el Sr. Menéndez y Pelayo ³, á la de Miguel Servet en su *Christianismi restitutio*.

El tradicionalismo, aunque modificado, continuó en la segunda mitad de siglo con las obras de Bautain, Bonnetty etc., como veremos en su lugar.

Es indudable que los tradicionalistas fueron por lo general escritores elocuentísimos, oradores políticos llenos de celo y entusiasmo por los intereses de la Iglesia, apologistas incansables: á esto les obligaba el medio revolucionario en que vivían; pero no pueden competir en profundidad de ideas ni en talento especula-

¹ Citada por Mr. Mercier en la *Revue Neo-scholastique* del mes de Febrero de 1900, pág. 7.

² *Ibid.*

³ *Ensayos de crítica filosófica*, pág. 459, nota. Madrid, 1892.

tivo con los representantes en Italia del movimiento filosófico-cristiano. La fama no pequeña, que aquellos obtuvieron, débese, más que á la originalidad y consistencia de sus escritos, al ideal político que representaban; su prestigio, es el aura popular del orador que cautiva á las muchedumbres con los desahogos elocuentes de su imaginación, no el aplauso duradero de los sabios cuyas inteligencias conquistaron por la fuerza de las ideas. Estas consideraciones surgen espontáneamente al examinar la labor de

Antonio Rosmini Servati (1797-1855), escritor fecundísimo (sus obras llenan más de treinta volúmenes), de vasta cultura filosófica, pues, como dice Frank ¹, «ningún sistema importante de la antigüedad ó de los tiempos modernos, italiano, francés ó alemán resulta desconocido para él,» y reformador original de la filosofía escolástica, hasta el punto de que consigue crear una escuela bastante numerosa ².

Para Rosmini la filosofía es una ciencia universal que suministra principios y métodos á las demás ciencias, una síntesis superior de todos los conocimientos humanos, puesto que su objeto es el ser considerado bajo su triple aspecto, ideal, real y moral. El filósofo debe conocer bien los distintos sistemas filosóficos y no ponerse en contradicción con la verdadera teología; pues no puede haber lucha entre la razón humana y la razón divina.

Por influjo quizá de la filosofía del siglo XVIII, que daba especial importancia al problema del origen de las ideas, Rosmini le dedicó también atención preferente. Después de discutir con admirable penetración, en su *Historia comparada de los sistemas*, las teorías sobre este punto presentadas por los filósofos de mayor nota, como Platón, Aristóteles, Locke, Leibniz, Reid, Condillac, Kant, etc., expone la suya que puede reducirse á lo siguiente. Desarrollando la tesis escolástica: La idea de ser es muy conocida, y sin ella nada puede percibir el entendimiento ³, llega á decir que esa idea abstracta de ser, y prescindiendo de la existencia, por lo mismo que reviste los caracteres de universalidad, necesidad y eternidad, ni puede proceder de la experiencia, ni tampoco de un acto creador, sino que es innata en nosotros y en los demás seres inteligentes, aunque necesitamos de un esfuerzo de atención para percibirla. Ese ser indeterminado y posible, que conocen todas las inteligencias, participa del ser necesario y eterno, de la causa que crea y pone límites á los seres contingentes, y constituye el acto inicial de todos los seres sin excluir á Dios ⁴.

El conocimiento de los seres particulares y determinados se adquiere por la experiencia que, según Rosmini, consiste en la aplicación de la idea innata de ser á una sensación particular.

Por lo que se refiere al conocimiento de nosotros mismos, lo atribuye á un «sentimiento fundamental» de nuestro yo, distinto de la conciencia, y respecto del cual no son las sensaciones otra cosa que modificaciones especiales. En la percepción de nuestro cuerpo, como distinto de los demás, concede gran influjo á la sensación de resistencia, copiando sin duda á Maine de Birán.

¹ Philosophes modernes étrangers et français, pág. 47. Paris, Didier. 1879.

² Véase la *Historia de la Filosofía* por el cardenal González, tomo III, pág. 468. Madrid-1879.

³ *Sent. dist.* VIII, q. 4, a. 3.

⁴ De aquí el sabor panteísta y ontologista que todos advierten en la filosofía de Rosmini.

Su teoría cosmológica tiene muchas afinidades con el sistema kantiano,¹ aunque manifiesta decidido empeño en evitar el subjetismo. Por lo que se refiere al origen de los seres, si bien admite la creación, la explica de un modo tan oscuro y, al parecer, tan distinto de los doctores escolásticos, que da sobrado motivo para que se le incluya en el número de los panteístas.

La influencia del idealismo germánico, que se nota en algunas ideas de Rosmini, viene á ser tan decisiva en la concepción filosófica de Gioberti (1801-1852), que parece ser este filósofo, en sus últimas obras principalmente, un discípulo de Hegel, disfrazado de católico.

No es fácil resumir con exactitud la doctrina de Gioberti, porque así como su vida de político militante es sumamente azarosa, y tan pronto se le ve en la cárcel y condenado al destierro, como aplaudido frenéticamente por las muchedumbres y encargado de formar gabinete, así también su vida de filósofo empieza por una tesis latina acerca de *Dios y la religión natural* en que parece ser un discípulo de Reid y Descartes, defensor de la psicología y del método analítico, y acaba por una *Filosofía de la Religión* en sentido hegeliano.

Preocupado por la suerte de la Religión y de su patria, se propuso Gioberti crear una filosofía «católica é italiana» á la cual señala como objeto, «restaurar la idea divina (el dogma católico) en la ciencia».

La *idea*, según él, es el fundamento de la ciencia y de la realidad, el principio del pensamiento y de la existencia. Si se la considera desprovista de todo lo accidental y concreto, viene á ser la verdad absoluta y eterna, el ente absoluto que tiene conciencia de su existencia y la manifiesta al exterior. Por esto el principio fundamental de la filosofía de Gioberti es: *el ser crea las existencias* ².

El hombre conoce el ente absoluto por una intuición ideal, que sólo se advierte reproduciéndola en la conciencia por medio de la reflexión. Esta necesita, á su vez, del adminículo de la palabra para poder circunscribir la idea del ser absoluto y ponerla delante de la inteligencia ³.

Además de todas estas fuentes de conocimiento, señala Gioberti una nueva facultad, *sovrintelligenza*, por la que adquirimos noticia de verdades incomprensibles, ó sea los misterios del dogma católico.

Su explicación del origen de «las existencias múltiples y relativas» del universo más se parece á la de Plotino, Giordano Bruno ó Spinoza, que á la creación según el texto bíblico ⁴.

DR. GRAFILINKS.

¹ La crítica de la razón pura, traducida al italiano por Mantovani el año 1821, ha influido seguramente en la filosofía italiana, y, aunque ésta se decidió sin vacilaciones por el realismo, los filósofos que más de frente combatieron á Kant, como Rosmini, no pudieron librarse de su influjo y resultaron idealistas al revés, ó sea idealistas dogmáticos.

² Llama á este principio, *primum philosophicum*, porque contiene en sí al *primum psychologicum*, esto es, la primera idea, origen y razón de las demás ideas, y al *primum ontologicum*, ó sea, el primer ser, origen y fundamento de todos los demás.

³ La palabra, según Gioberti, se adquiere por una revelación interior y sobrenatural.

⁴ Crear, dice, es individualizar, y la individualización consiste en pasar de la potencia al acto, en dar á una idea general la determinación de un ser particular. Vid. Frank, ob. cit.

JARDINES Y PASEOS EN ZARAGOZA

—Vengo de la plaza del Carbón con las manos en la cabeza.

—¿Y eso?

—¡Qué desventura! Van á poner jardines de la misma clase que los de las plazas del Pilar, La Seo y Aragón, con sus promontorios de césped y sus andenes con revueltas. Está visto: la experiencia de nada sirve á las gentes.

—Pero, hombre.....

—Nada: son como el mono del carpintero. El mono vió al amo aserrar un madero y poner, para mayor comodidad, algunas cuñas en la hendidura producida por la sierra; de vez en cuando el maestro las mudaba de sitio, para acercarlas al corte. El mono, aprovechando un momento de descuido, cabalgó sobre el madero, metiendo en la hendidura el rabo, y se puso á tirar de las cuñas; pero, he aquí que, al sacar la última, cerróse aquélla con violencia tal, que le escachó el rabo. Y se chupó los dedos de gusto.

—Querrás decir que se chupó el rabo; pero yo no distingo el objeto de la comparación.

—Sí, hombre. Nuestro Excmo. Ayuntamiento ha tratado de imitar, en eso de los jardines, á los países del Norte, sin tener en cuenta la diversa condición de pueblos y de climas. En Provincias Vascongadas, en algunas regiones de Francia y Alemania, en Bélgica, Holanda é Inglaterra el cielo es muy bondadoso: apenas transcurren dos semanas enteras sin que menuda lluvia, el dulce chirimirí, remoje suavemente el suelo y refresque las plantas; allí los céspedes y prados tienen celestes jardineros que los cuidan; las hierbecillas se mantienen largo tiempo sin que se agosten, en perpetua verdura aun en las pendientes más quebradas; y los jardines pueden ser altos, porque apenas necesitan de chorros ni de pulverizaciones de las mangas de riego. En esos países el verano es corto, y más que sombrías alamedas, exigen parques donde pueda disfrutarse de la tibia luz del sol, en los días claros en que las nieblas se disipan.

Zaragoza no es así: en lugar de dulce chirimirí, el cielo, cuando se entenece, nos manda el agua á cántaros, pasajeras lluvias torrenciales que no mojan más que la flor de tierra con el fin de arrancarla y llevársela al río por barrancos; á no ser que nos acaricie con piedras como huevos, avisando un ratito antes con el estrépito de la tronada; por lo regular, el otoño, el invierno y la primavera, nos lo pasamos con un cielo mondo y raso, cuyas solitarias é infecundas nubes son barridas por el cierzo, el cual, por chanceta, nos rompe lucernarios y cristales; entra en las casas silbando por los resquicios de las puertas; nos zarandea violentamente capas y abrigos y nos arrebatata los

sombreros por la calle, cuyo polvo se mete, como regalo, por los ojos y las fauces en forma de piedrecillas que obligan á cerrar los agujeros del cuerpo al atrevido que planta cara á ese brusco, feroz y seco vendabal.

Durante el verano (y aun antes, si pára el aire), el sol nos obsequia con tan cariñosos ardores, que nos calienta los sesos lo necesario para que vayamos, con la lengua fuera como perros, buscando el arrimo de una sombra.

Con tan piadosos elementos, las tierras que no son ribereñas, en vez de bosques, son ramblas y pedregales, donde con gran pena crecen los tomillos y romeros. ¿Qué de extrañar es que los montículos y los promontorios de los jardincitos ingleses que desea mantener el ayuntamiento, en lugar de céspedes y prados sean una ridiculez, á pesar del costoso cuidado en regarlos con mangas, dos veces al día durante todo el año, y haber agotado todas las combinaciones posibles de plantas resistentes á la crudeza atmosférica?

¿No ha visto V. que, apurados ya porque no sirven las hierbecillas inglesas, han echado mano de violetas, hiedras, balsaminas ó *cribilleras* (?) y qué sé yo cuántas clases de cosas, para que los macizos tengan, como la cabeza de un tiñoso, cuatro pelos por acá, y trozos pelados por allá? Ya no falta, sino poner telones emborronados de verde, como en el teatro, para que se parezcan al césped de Inglaterra. Y todo por el vano empeño de poner á cuatro palmos encima del suelo, la vegetación que podría mantenerse cómodamente unos cuantos dedos más hondo que el piso de los andenes.

En esta forma, el riego, en vez de costoso y pesado (chuffando pulverizaciones con las mangas de riego en cantidad insuficiente, que el cierzo ó el sol evapora en diez minutos), sería abundante, rápido y fácil, pues no faltan, gracias á Dios y á Pignatelli, las aguas en Zaragoza; de ese modo, las coníferas que rodean la estatua del susodicho canónigo no irían á parar, en poco tiempo y en astillas, á la cocina del Amparo; no habría sido precisa la replantación de los tilos de la plaza del Pilar, para verlos, al fin de cuentas, sin una miserable hoja en el propio mes de Julio.

A estas razones (por las que se aconseja suprimir los promontorios de los jardines zaragozanos), derivadas de la sola consideración de clima, pueden añadirse otras, que á cualquiera se le ofrecen al estudiar las especiales condiciones de nuestra ciudad.

A vista de todo el mundo aparece, que el casco de la población está formado por una piña de manzanas divididas por estrechísimas calles, cuya anchura, por lo general, puede medirse con extender los brazos en forma de cruz: no hay sitios para que los chicos jueguen y se espacien los hombres. ¿Plazas? Se dice que tenemos las de Santa Marta, Verónica, Sas, San Carlos, San Roque, Teatro, Ariño etc.; pero yo no he podido aun evidenciarme de que merezcan ese epíteto, á no ser que también deba llamarse plaza al patio de la casa donde vivo, ó á la alcoba en que yo duermo.

Fuera de la del Mercado (que con mucha propiedad aun podrá llamarse calle y que, por su condición, no puede destinarse á paseo público) no hay terrenos despejados, como no sean las plazas del Pilar, La Seo etc., y en todas esas el ayuntamiento ha colocado promontorios con sus céspedes, á fin de

que no puedan pasar tres personas juntas sin meter la pata en los pradillos,
—Hombre, eso es muy exagerado ya; ahí tiene V. la plaza de la Constitución y el paseo de la Independencia, que no son moco de pavo. Me figuro que hay anchura.

—Sí, en verdad, ése es el único punto de la población en que puede uno estirarse las piernas; pero también es verdad, que aquí el ayuntamiento ha seguido una política hidráulica infinitesimal y subterránea, que da por resultado hacer del paseo cosa molesta, cuando no es inútil. Le regalo á V. toda la anchura durante veinte horas cada día.

Hace muchos años el ayuntamiento dió en la flor de plantar allí albahacas en maceta, pues otra cosa no son las acacias de bola, las cuales por su estatura natural y el escaso riego de que disfrutaban (se les hizo un hueco al rededor del tronco donde cabe un cantarito de agua) no llegan á cubrir con la mezquina frondosidad de su menguada copa un metro cuadrado de terreno. Consecuencia: que cuando el cierzo sopla, las acacias son incapaces de moderar los furores de aquél, y, al no ofrecer obstáculo con sus débiles ramitas, no impiden que se atreva el descarado viento á molestar á las señoras levantándoles las faldas; y cuando pica el ardiente Febo (de Mayo hasta Setiembre), es inútil que se arrime el transeunte á la sombra de esos arbolitos: de ella sólo pueden disfrutar, enrosándose al rededor del tronco, los perritos de las vecindades.

El que transcurra un rato por el paseo de la Independencia en horas de calor, que se meta en cama para curarse el tabardillo. El paseo y la plaza de Aragón son un trozo de la zona tórrida.

El ayuntamiento, para remediar el mal, hace mucho tiempo, plantó hermosos álamos; mas empeñóse en que éstos crecieran y viviesen chupando la humedad del aire y las pulverizaciones de las mangas; y ellos, los desagradecidos, se empeñaron en morir. Después se plantaron olmos y, ablandado el municipio, se dispuso á cumplir con la obra de misericordia de dar de beber al sediento: y construyó un conductillo subterráneo por el cual les inyectaba algunos jarritos del líquido cristal, como dicen los poetas; los olmos, sin embargo, por no ser menos, muriéronse también.

Por fin, ahora se han plantado acacias de flor; y supongo que en los primeros tiempos, mientras las raíces no se salgan del huequecito que se les cavó, tirarán medianamente; pero, en pasando algunos años, asistiremos al entierro.

Habían transcurrido, hasta el presente, más de quince años sin que el paseo de la Independencia se cubriese de sombra; con la nueva plantación pasarán cinco ó seis años más; entonces las arrancaremos para poner espinos de la Australia, ó azufaifos marroquíes, únicos árboles que podrán aguantar la sequía forzosa en que se les mantiene por esos sitios.

—¿Y cómo ha de remediarse?

—Pues, hombre, no es difícil: en el paseo de Cuéllar y las carreteras de la Ronda se mantiene una regular vegetación con el riego de pié, no muy abundante. Lo que sucede es que, por presumidos, nos quedamos sin sombra

en plazas y paseos; en unas partes, por los malditos promontorios verdes; en otras, por no tener abierto cauce para el agua.

En Pamplona y en Vitoria disfrutan de sombrías alamedas, sin levantados céspedes, ni conductillos subterráneos, á pesar de que la mayor humedad de su atmósfera lo podía permitir. Allí hay espacio para chicos y para grandes.

En Zaragoza ya hemos desterrado de todas partes á los chicos. ¡Pobres criaturas! El municipio sigue en esto el método regenerador que por lo común emplea la gente lechuguina: las jóvenes casaderas se preparan y disponen para la maternidad, apretándose la cintura, cuiando de que el corsé deje en sus entrañas el menor sitio posible á la generación venidera, con inminente peligro para la misma madre. Los hombres construyen casas dispuestas para que los chicos no puedan menearse (Enfrente de la mía hay un chico que se pasa las horas, en el trozo de balcón que le dejan seis macetas, levantando las piernecitas, como ejercicio de soldado, dando pasito hacia delante y otro pasito hacia tras. Es todo lo que se le permite en invierno y en verano.)

El municipio, por su parte, con los promontorios les ha quitado espacio para sus juegos. Las niñeras han tomado como último refugio la plaza de Aragón, en las estrecheces de los montículos que rodean á la estatua de Pignatelli. Y hete aquí al ínclito canónigo de robustas pantorrillas pasando revista á las arguelladas generaciones que aprovechan las macizas obras de su canal sembrando céspedes tiñosos, cubiertos de bajos matorrales, que, si no sirven para proporcionar la menor sombra á los transeuntes (á quienes en esa plaza achicharra la inclemencia de un sol abrasador), se prestan, en cambio, para que se internen por los vericuetos, en las horas cautas, cariñosas parejitas, que harán salir el rubor de la vergüenza al bronce de la estatua.

Puede conjeturarse que en la plaza del Carbón ocurrirá lo mismo, ó peor: allí la perspectiva es aun más deliciosa: cuatro casuchas y las paredes mal lavadas del convento derruido serán digno marco de los céspedes y promontorios que se van á poner.

Es un gusto, y no flojo, vivir en esta ciudad rodeada de fértil vega, donde crece bien el plátano oriental, el castaño de Indias, la magnolia, etc., y dentro de ella no haya un sitio de paseo medianamente cómodo. Se gastan millares en la niñería de sostener praditos, mientras en el paseo de las tapias, á donde concurre mucha gente en los días invernales, no se cuidan casi nada las polvorientas carreteras.

Hay en eso un cierto desequilibrio que no es raro ver en otros asuntos: construyóse por macelo un conjunto de magníficos palacios donde se degüellan cerdos, vacas y carneros; mientras el ayuntamiento de la S. H., con todas sus complicadas oficinas y numerosos negociados, con todas sus bandas y preeminencias, tiene por morada... casi, casi una pocilga.

¡Sublime ejemplo de modestia y humildad de corazón!... (y de caletre, iba á decir; pero retiro la frase.)

DR. BRAYER.

EL GODO Ó MORO AIZÓN

(CONCLUSIÓN)

El Aizón moro abiertamente rebelde contra el gobierno del Emir, luego de la retirada de Carlo Magno, y de hechas las paces de su padre con Alhosáin de Zaragoza, cuando éste da muerte ó manda matar á Suleiman Abenalarabí, se retira á Narbona: esto nos hace suponer que entra de nuevo en tratos con Carlo Magno y como quizá su hermano Matrub mandaba en Barcelona ó por aquella parte, no es de estrañar que el Emperador le ofreciese su protección, y que los cronistas posteriores le supusiesen súbdito en vez de aliado.

El Aizón moro, al saber que el Emir estaba sobre Zaragoza para castigar al rebelde Alhosáin, matador directo ó indirecto de su padre Suleiman, se presenta en Zaragoza y entra de nuevo al servicio del Emir, á quien acompaña en su expedición á Alava y Castilla y después á la Marca hispánica, donde el ejército del Emir hace mucho botín y somete á Abenbelascot, que se presta á pagar tributo: no se dice que esta expedición llegase hasta Gerona, pues no se menciona población alguna.

Como en documento referente á San Esteban del Mall, en Ribagorza, en donación hecha por los Condes Unifredo y Toda en el año 971 se menciona el alodio que fué del traidor Ezón (1), si no hay más que un Aizón, éste debió de hacer sus correrías y tener propiedades por Ribagorza, y sospecho con el P. Villanueva que la Roda destruida, fué la Roda de Ribagorza, que quizá fuese la residencia de Abenbelascot, que hasta entonces hubiera estado independiente, y que á la sazón hubiera tenido que transigir con pagar tributo, bien á Aizón, bien al Emir cuando fuera por allí con Aizón (2).

(1) Villanueva, *Viaje literario*, tomo XV, pág. 482 y 385; to. VI, pág. 4.

(2) M. Dozy supone que este Abenbelascot es el Galindo Belascótenes, padre de García el Malo, de quien habla el códice de Meyá.

Dozy le hace conde de la Cerdaña, pero en mi sentir sin prueba suficiente: tampoco el Sr. Miret y Sans tan conocedor de la historia de la Cerdaña y regiones inmediatas cree que haya gobernado este país.

El Aizón de las Crónicas francas es un personaje incomprensible, como toda la historia que con él se relaciona.

Como hemos visto, no encontramos mención de él hasta el año 826, en cuya fecha estando Ludovico Pío en Salz, le llega la noticia de la perfidia y defección de Aizón, que huyendo de palacio se refugia en Vich, donde es bien recibido, destruye á Roda junto á Vich, molesta no poco á los que intentan resistirle, y opoderándose de cuantos castillos pudo acometer, los fortificó muy bien: habiendo enviado á su hermano al rey de los sarracenos Abde-rahman, su ejército recibió valioso refuerzo contra los francos, refuerzo llevado desde Zaragoza por Abumaruan, pariente del rey. Estas noticias conmovieron profundamente el ánimo del Emperador, y le movían á venganza, pero considerando que no debía emprender cosa alguna precipitadamente, resolvió consultar á sus consejeros.

Y efectivamente en el año siguiente 827, envía tropas ó generales contra Aizón, cuando éste confiado con el auxilio de los moros, devastados la Cerdania y el Vallés, hasta había conseguido que abandonasen las fortalezas los encargados de su defensa, y que se le uniesen muchos, entre ellos Ville-mundo hijo de Berardo, según dicen los Anales Bertinianos, de cuyas palabras parece que después de todo esto llegó Abumaruan, pariente del rey, contra quien el Emperador envió numerosas tropas, que por desidia de los jefes llegaron con más lentitud de lo que la necesidad pedía; de modo que Abumeruan y Aizón pudieron devastar á mansalva los campos de Barcelona y Gerona, incendiar las poblaciones, y después de robar cuanto encontraron, volverse tranquilos á Zaragoza, sin haber llegado á ver al ejército enemigo, ni aun por lo visto, al ejército compuesto de las tropas de godos y españoles que según las palabras del Astrónomo se unieron al Abad Elisachar, al conde Hildebrando y á Donato, que resistieron pertinazmente al descaro de Aizón y de los moros.

Al año siguiente, 828, reunida la Dieta en Aquisgrán, naturalmente se había de tratar de las cosas de la Marca-hispánica: los legados ó generales que habían mandado el ejército, fueron encontrados culpables, y según sus méritos fueron privados de sus honores (1); aunque el autor de la vida de Ludovico Pío, que parece debería de estar mejor enterado que el autor de los Anales Bertinianos, nada dice de esto, que probablemente se inventó después: el autor de la vida de Ludovico Pío indica que en ese año 828 el Emperador envió á su hijo Lotario á la Marca hispánica por si volvían los sarracenos; pero habiendo tenido noticia de que no iban, no pasó de Lugdunum.

Examinemos esta narración: según ella, Aizón huye de palacio, donde no se dice que tuviera cargo alguno; se refugia en Ausona, donde es bien acogido y destruye la ciudad de Roda. ¿Con qué elementos pudo hacer esto?

(1) *Annales Bertiniani*; en la *España Sagrada*, tom. X, 3.^a edic. pág. 390 y 400.

Si los naturales del país sometidos á la dominación franca le ayudaban, no tenía para qué destruir la ciudad de Roda junto á Vich: al tener noticia Ludovico Pío de los desmanes cometidos por el rebelde, se conmueve, y ardiendo en deseos de venganza, difiere el tomar una resolución pronta, como exigían las circunstancias, y espera al año siguiente para tomar consejo, y resuelve, sin que se diga que consulta á los magnates, enviar un ejército, que no llega á tiempo para contrarestar al del rebelde, quien sin embargo lo tuvo para entablar negociaciones con el de Córdoba mediante las gestiones de su hermano, ó yendo él mismo á Córdoba, como parece inferirse de las palabras del cronista (1): el emir Abderrahman hubo de pensar en el negocio y consultarlo, organizar un ejército, cuyo mando confía á su pariente Abumarauán, que va á Zaragoza, donde según otros autores parece se le une Aizón, y juntos marchan hacia la Marca hispánica. ¿Es creíble que estando ésta tan cerca de los dominios francos, no tuviera Ludovico Pío tiempo para enviar refuerzos, y lo tuviera Aizón para entablar y llevar á cabo unas negociaciones, que de seguro habían de ser muy difíciles?

No difíciles, sino imposibles hubieran sido las negociaciones entabladas por Aizón en el sentido que se supone: pensar que el Emir de Cordoba había de enviar un gran ejército en auxilio de un súbdito franco, que rebelándose contra su señor, trataba de hacerse independiente en el territorio de su mando, ó donde tuviera parciales, aun suponiendo que ofreciese hacerse vasallo, me parece que es desconocer la índole de las guerras de los musulmanes en este período: no pensaban en ensanchar su imperio, sino que hacían la guerra con objeto de hacer botín, cogiendo cuanto podían, y llevándose cautivos cuantos cristianos podían capturar: por tanto nos parece que la campaña de Abumarauán, como la relatan los autores francos, es un error histórico grave, y en el que se han confundido dos campañas muy diferentes.

La primera mandada por el mismo emir Abderrahman I después de someter á Zaragoza en el año 164 ó 165 mediante la sumisión de Alhosáin, en cuya campaña á la Marca hispánica ó á Ribagorza el Emir fué acompañado de Aizón á quien las tradiciones francas considerarían rebelde al poder de sus príncipes, ya que su padre al menos había sido aliado ó súbdito, fingido ó nó de Carlo Magno, y es de suponer que los hijos Matruh y Aizón hubieran prestado vasallaje: pues al menos Aizón se había refugiado en Narbona, según los autores árabes. Esta expedición queda narrada anteriormente y resulta desconocida de los autores francos.

No así la segunda, llevada á cabo por Abumarauán en el año 827, y de que dan noticia bastante detallada tanto los autores árabes como los francos, si bien éstos la involucraron y confundieron.

En el año 212 (2 de Abril de 827 á 22 de Marzo de 828) Abderrahman II señor de Alandalus envió un ejército al país de los cristianos, poniendo al frente de él á (su pariente) Obaidala hijo de Abdala el Valenciano: habiendo

(1) «Quod cernens Alzo, exercitum á Sarracenis petitum abijt prætorianum. Quem impetratum cum Duce suo Amaranum Cæsaraugustam et inde Barcinonam usque perduxit.» *Evo vita Ludovici Pii, Bouquet, to. VI, pág. 408.*

llegado á Barcelona, marcharon luego á Gerona á cuya gente combatió en el mes de rebí 1.º (de 31 de Mayo á 29 de Junio de 827) permaneciendo el ejército en aquella región durante dos meses, robando y destruyendo (1).

Este Obaidala hijo de Abdala el Valenciano, es sin duda el *Abumarudn Regis propinquus* de las Crónicas francas: era efectivamente pariente del emir Abderrahman II, como nieto de Abderrahman I, de quien era bisnieto el emir Abderrahman II: que tuviese por cunya ó sobrenombre Abu Meruán, no consta por los autores árabes, que tengo á la vista; pero como la *cunya* Abu Meruán es la más frecuente de los que se llaman Obaidala, y muy poco común en los que llevan otros nombres, puede darse como segura en vista de lo que dicen los autores francos, de modo que coinciden en el nombre del jefe, que dirigió esta campaña, que tanta impresión causó á los francos.

Parece natural que Ludovico Pío temiese que en el año siguiente los moros repitiesen la expedición, y así el autor cronista del Emperador omitiendo denigrar más la memoria de los desgraciados Condes enviados contra los árabes en el año anterior, y que según los Anales Bertinianos fueron encontrados culpables y privados de sus honores, consigna que habiéndose divulgado la noticia (la inventó y divulgó el miedo), de que los sarracenos irían hacia los límites de la Marca hispánica, envió á ella á su hijo Lotario con muchas tropas; pero no tenía mucha prisa sin duda, pues habiendo llegado á Lugdunum para esperar noticias de España, llegó su hermano Pipino á conferenciar y estando reunidos ambos hermanos, llegó un mensajero diciendo que los sarracenos habían movido un ejército muy numeroso, pero que se habían detenido, y no habían de acometer por entonces las fronteras francas. Oído esto, Pipino se volvió prósperamente á la Aquitania y Lotario regresó á donde estaba su padre: «Pippinus in Aquitaniam, Lotharius autem ad patrem prospere rediit». Las palabras del cronista me parecen todas rebuscadas para salvar el honor de la familia imperial, que tan mal parado había quedado en la campaña anterior. Pensar que si Abderrahman II hubiera intentado que en este año se repitiese la campaña contra la Marca hispánica, había de abandonar su proyecto después de puesto en marcha el ejército, como indicando miedo de que el enemigo estuviese prevenido, por más que el autor no dice que fuese por esto, nos parece una adulación á Ludovico Pío: además es falso que la expedición se iniciase y se detuviese.

En los autores árabes y en los sucesos del año 213 de la hégira, 828 de J. C. nada autoriza á suponer que el autor franco estuviese bien informado.

Si admitiésemos que el autor de la Vida de Ludovico Pío escribió ordenando apuntes tomados años antes por él ó por otro, con no mucho orden, podría sospecharse que lo que se atribuyó al año 828 se confundió con lo que hemos dicho en el artículo anterior con relación al año 209 de la hégira (de 4 de Mayo de 824 á 23 de Abril de 825), en que muerto Abdelquerim hijo de Abdeluáhid, cuando iba á salir al frente de la expedición de verano como en

(1) Abenalatsir, to. VI, pág. 288.—Abenadari, to. II, pág. 85.—Anousiri, fol. 5 v. de la Colección Gayangos.

el año anterior, fué nombrado en su lugar Omayya, quien hubo de salir contra Oreto (?), que era del islam, quizá porque hubiera alguna rebelión, y cambiado por necesidad el plan de campaña, pudieron los cristianos creer que los musulmanes después de haber emprendido la marcha, se detuvieron desistiendo de repetir la campaña del año anterior, y aun en ese año era natural que se pensase en ir hacia la Marca Hispanica, ya que en el anterior quizá ya se intentó que la incursión fuese hacia esa parte, ya que nos dicen los autores árabes que se dudó por dónde había de acometerse.

El lector juzgará si hemos conseguido probar que la narración de la rebelión del godo Ainzón es ó no una equivocación de las crónicas francas: no se me oculta que para muchos ha de parecer gran atrevimiento ir contra la autoridad de un autor contemporáneo, como es el cronista Astrónomo.

De todos modos nos parece haber probado que hay en la narración incongruencias, que hacen imposible admitirla en todos sus detalles, si la crítica no fallase desechándola por completo.

Debemos decir para terminar este artículo, que podrá parecer tiene por objeto socavar la autoridad de las crónicas francas en lo que á los árabes se refiere, que son varios los hechos con ellos relacionados que nos parecen muy dudosos, aunque no vemos que nadie los haya puesto en duda entre nosotros: cuanto nos dicen de alianzas de Carlo-Magno y sus hijos con los de Córdoba, y las promesas de sumisión y entrega de llaves de los valles de Zaragoza, Huesca, Barcelona y Gerona, merecerían un detenido examen para ver si lo que dicen los francos no está en contradicción con lo que conocemos de los árabes.

F. CODERA.



La familia de Miguel Servet

(CONCLUSIÓN)

Los atestados del notario Antón Serveto abarcan, como se ve, un período de veintisiete años, desde el 1411 hasta el 1538. No quiere decir esto que el año últimamente citado fuera precisamente el de la muerte del progenitor de nuestro heresiarca; pero no debió sobrevivir mucho cuando desde el 3 de Mayo de 1544 otorgaba ya, como notario de Villanueva de Sijena, Pedro de Lax.

Coinciden las primeras subscripciones de Antón Serveto con los años en que nació su hijo Miguel y pueden dilucidar ese anacronismo que, al parecer, resulta entre las declaraciones por éste prestadas primeramente en Viena del Delfinado y después en Ginebra. Por la primera se declaraba natural de Tudela; según la segunda era «aragonés de Villanueva.» Ahora bien; de los documentos citados se desprende que su padre comenzó á ejercer su profesión en Villanueva en 1511, año en que sin duda se había establecido en dicho pueblo. Pero Miguel, según opinión generalizada, había nacido antes de aquel año: es indudable que la familia Servet debió trasladarse por entonces á Villanueva, desde Tudela, llevando ya nacido al futuro heresiarca.

Esto explicaría además suficientemente el «alias Reves» con que completaban su firma todos los individuos de la familia. Para lo cual hay que tener presente la dificultad con que las casas conocidas desde tiempo remoto por apellidos más ó menos ilustres, los varían, al pasar de una estirpe á otra distinta. De esto vemos ejemplos todos los días en todos los pueblos de Aragón. La casa de Reves era conocida en Villanueva de tiempo inmemorial; los Serveto eran, como diríamos hoy, unos *parvenus*. A la casa de Reves seguirían llamándola así los Villanoveses á pesar de haber pasado á ser propiedad de Antón Servet; es más, aun hoy, después de tres centurias, conservan en la memoria el nombre de la Casa de Reves.

El apellido Reves era ilustre y poseía privilegio de infanzonía; circunstancia á la cual se refirió sin duda Miguel, en una de sus declaraciones, al decir que sus «abuelos eran cristianos de antigua raza que vivían noblemente.» De aquí que los Serveto tuvieron especial interés en usar el «alias Reves»; y no sólo por lo que halagaría su vanidad el uso de un apellido ilustre, sino porque en él les convenía apoyarse para obtener, ellos á su vez, el codiciado privilegio de infanzonía, que además de otorgarles gran preeminencia, los haría libres de toda clase de gabelas. Ello es que desde el mes de Octubre de 1529, el notario Serveto añade á su firma el título de «infanzón», que hasta entonces no había usado y que después no deja de transcribir ni una sola vez siquiera.

Dos cuarteles aparecen en el escudo que ostenta el altar dedicado por la familia Servet en 1558? y existente hoy en la iglesia de Villanueva de Sijena. Trae el uno de plata con un serral rematado en cruz; evidentemente se refiere al apellido Serveto. El otro ostenta dos roeles de plata en campo de gules, refiriéndose sin duda al apellido Reves.

En el mismo altar aparecen en sus vivos retratos dos personajes que vienen á completar la familia. «Este retablo mandaron hacer», dice la inscripción, «los Magníficos Seniores Catalina Conesa infanzona viuda y su hijo »Mosen Juan Serveto de Reves clérigo infanzón rector de Poliñino. Acabose »XXVII del mes de Augusto año MD. ..XXXXVIII.»

El retrato de Catalina Conesa presenta el aspecto de una anciana que ha llegado al fin de sus días; el Mosen Juan Serveto de Reves parece hombre de facciones enérgicas, edad frisante en los cincuenta, cabello rojizo y traje talar.

¿Conviene las circunstancias de ambos, para que podamos considerarlos como mujer é hijo del notario de Villanueva, madre y hermano respectivamente de Miguel Servet?

No es fácil contestar con certeza absoluta á esta pregunta. Media la fatal circunstancia de haber un desconchado en la cifra del año y precisamente en el tercer signo que es el más difícil de suplir. Dicha cifra podría escribirse de tres maneras. Con una C, en cuyo caso el retablo habría sido construido en 1648; con una L, y entonces la inscripción se referiría al año 1598; y con una X que rebajaría la cifra al 1558.

Siendo exacta la última transcripción, no cabría duda: Catalina Conesa y Mosen Juan Serveto eran madre y hermano de Miguel, muerto en 1553. La primera lectura no puede admitirse dado el estilo gótico plateresco del retablo. Queda la que se refiere al 1598, en cuyo caso se trataría ya de personajes pertenecientes á nuevas generaciones de Servetos.

A favor del año 1558 hay un indicio: que no otro nombre puede darse á un resto insignificante del signo perdido, el cual es al parecer resto del palo de una X.

A favor del año 1598 hay otro indicio referente á un nuevo personaje de esta familia, D. Marco Antonio Serveto de Reves, rector que fué del Colegio Mayor de Santiago de Huesca en 1576, canónigo de Zaragoza en 1579 y abad

de Montearagón en 1586, el cual viene citado en el lugar correspondiente de Latasa. Ahora bien, el indicio se reduce á que ambos clérigos Mosen Juan y Mosen Marco Antonio se firmaban «Serveto de Reves»; así como el desdichado Miguel y su padre D. Antón se apellidaban «Serveto alias Reves.» ¿No parece este «alias Reves» más arcáico, por decirlo así, y menos familiarizado con el segundo apellido que el «de Reves» usado por aquéllos?

De todos modos, resulta evidente que Antón Serveto comenzó á ejercer la notaría de Villanueva en 1511; época en que, según parece, tenía ya un hijo, el cual pudo muy bien haber nacido en Tudela de Navarra y ser llevado á Villanueva poco menos que recién nacido, puesto que sus padres debieron establecerse allí por aquel tiempo.

Y nótese cómo todos los personajes de la familia del heresiarca, por extraña coincidencia, dieron singulares muestras de piedad: Antón era notario de la Cofradía de San Juan Bautista, Mosen Juan y D. Marco Antonio fueron sacerdotes; la anciana Catalina erigió el precioso retablo de la Iglesia de Villanueva. El orgullo de su inmenso talento debió perder á Miguel, que, después de escandalizar al mundo cristiano con sus obras, fué denunciado por el infame Calvino á los Síndicos de Ginebra y condenado por éstos á la hoguera. Y aun este desgraciado heresiarca quiso morir dando muestras de piedad, pues mientras las llamas subían abrasadoras en torno suyo, daba grandes clamores diciendo: «¡Eterno Dios, recibe mi alma! ¡Jesucristo, hijo de Dios Eterno, ten compasión de mí!»

MARIANO DE PANO.



TENDENCIAS ECONÓMICAS DEL MUNICIPIO CONTEMPORÁNEO

Cuando, en las postrimerías del siglo XIX, estudiaba el Ayuntamiento de Zaragoza la manera de solemnizar la entrada de la actual centuria, la Comisión nombrada al efecto indicó, entre otros propósitos, la idea de conceder un premio á la mejor memoria que se presentara tratando acerca del modo de sustituir por otro el impuesto de consumos. Aunque la Corporación municipal no aceptase entonces el proyecto, se mostró de modo evidente que se hallaba influida por una tendencia algo socialista que se va infiltrando paulatinamente en los municipios europeos, de las grandes y de las pequeñas poblaciones.

Nacida en la Commune esta tendencia, se vió en su origen mezclada con un cúmulo de ideas y doctrinas terroristas, cuya expresión, entonces, limitóse á promulgar decretos platónicos sin trascendencia práctica, bien que dejando ver á las claras la orientación que con el nuevo estado de cosas tomarían las aspiraciones de la democracia urbana después de la tutela centralizadora del gobierno napoleónico.

La complejidad siempre en aumento de la vida social reclamaba la extensión de los poderes municipales, excesivamente limitados entonces para resolver los múltiples problemas que los progresos de la civilización moderna encargaban al Municipio, no sólo en el orden material sino también poco á poco en el moral y sociológico. Y esto, conforme con las ideas proudhonianas que iban teniendo muchos adeptos: según ellas, los ayuntamientos, los grupos locales debían sustituir al Estado en la resolución de muchos problemas, dada la mayor limitación de sus asuntos.

La promulgación de la *municipal corporation act* (1882), seguida de la reforma de los Ayuntamientos ingleses en 1888, posteriormente imitada en la mayor parte de las naciones del Continente, señalan en la vida municipal una fase nueva y un cambio de procedimientos de los que se deriva una serie de reformas cuya tendencia general es la protección de la clase obrera, y cuya causa es la influencia creciente del proletariado, debida á la introducción del sufragio democrático; éste obliga á los Cuerpos elegidos á hacerse cargo de las reivindicaciones del obrero y atenderle en sus necesidades, ofreciendo además ocasión para que los poderes públicos intervengan en la cuestión social. Y nótese, como particularidad digna de llamar la atención, que radica esta tendencia en la propia Inglaterra, en la patria de la *self help* y de las iniciativas personales é individualistas por excelencia.

A partir de aquella fecha los municipios reformados emprendieron por su cuenta multitud de reformas, demandadas por las nuevas necesidades y para las que resultaba impotente la iniciativa particular: se obligó á los propietarios á destruir las casas insalubres; los talleres fueron transformándose; construyeron los ayuntamientos inmensos edificios, como los docks de Londres, y las municipalidades suministraron habitación á los obreros á precios económicos; se hicieron baños, lavaderos, macellos, bibliotecas, casas de re-

fugio y escuelas industriales. La protección al obrero se ensanchaba rápidamente; las condiciones del trabajo para los obreros municipales, mínimum de salario, máximun de horas de trabajo y demás pormenores, fueron minuciosamente reglamentados, interviniendo con fortuna muchas veces la corporación municipal entre operarios y patronos para solucionar conflictos, como las huelgas, quitando, de momento al menos, las causas que las producían, en una palabra, correspondiendo con sus actos al movimiento democrático y social de los actuales tiempos.

Semejantes reformas llevan anejos muchos y cuantiosos gastos, y como los recursos del erario municipal eran escasos para acudir á ellos, hubo necesidad de pensar seriamente en fuentes nuevas de ingresos; la carga, demasiado pesada para corto número de contribuyentes, debía, para ser justa, repartirse entre todos: ofrecíanse dos soluciones: ó aumentar los impuestos comunales, con lo cual se perjudicaban los intereses de las clases obreras, ó transformar en empresas comunales con monopolio empresas privadas, muy productivas hoy, como las del gas, el agua, la luz eléctrica, los tranvías, los teléfonos urbanos y demás negocios que, constituyendo servicios públicos, pasarían á ser explotados por los municipios.

Pero al llegar á este punto, se planteaba un problema en el terreno de la teoría, originado por la intervención de los poderes públicos en el orden económico, problema que, por otra parte, no es sino uno de los cien que encierra la cuestión vastísima de señalar las atribuciones respectivas del Estado y del individuo (comprendiendo en esta última palabra al ciudadano aislado y á las asociaciones en las que libremente se une). Unos trataban de resolverla sosteniendo que las funciones del Estado debían irse limitando á medida que los pueblos adelantaran; otros querían, por el contraio, extender la tutela del Estado, ó mejor dicho, de los poderes públicos representados ahora por los municipios, para los cuales reclamaban autonomía y separación del poder central, junto con el derecho de intervenir en todos los asuntos de la vida pública y aun privada, en cuanto pudiera ser necesario para el bienestar social.

Consideraciones de orden económico, y tal vez la comparación con el «Estado Providencia» (y, aplicado el apelativo al caso presente, «Municipio Providencia») ha valido á esta tendencia el nombre de socialista, del que tanto se abusa ahora y que tantas confusiones produce; unas veces, por la falta de precisión en el concepto; otras veces, por la extensión indebida que se da á la idea significada. En mi sentir la palabra socialista es demasiado fuerte para aplicada al caso: aunque bien pudiera suceder que lo exagerado y falso de hoy, sea predicción verdadera de lo porvenir.

La idea socialista entraña un cambio trascendental y completo en la organización de la sociedad, tal como se halla hoy constituida. El que una ciudad se encargue de la dirección de sus servicios públicos, en vez de encomendarlos á intermediarios, beneficiándose con los productos que obtenga, y el que se preocupe de la higiene pública y particular de los obreros, esto no es socialismo demoleedor y subversivo, siempre que se apliquen con pruden-

cia estas reformas, en las cuales, si bien se aumentan las atribuciones de los poderes públicos, tampoco se coarta la iniciativa particular en las empresas de carácter privado: aquí se trata únicamente de ir nivelando y arreglando el desequilibrio económico que el individualismo exagerado ha producido con el mercantilismo febril de nuestra época, que todo lo explota y que tan peligroso puede ser á la sociedad, si se acentúa. Se impuso una violenta reacción, y esta reacción, que como hemos visto difiere en esencia del socialismo, pudiera fácilmente caer en peligros extremos, de no estar bien dirigida: por eso señalábamos, como primera condición para que diera el resultado apetecido, el que se aplicara con prudencia, con tanto más motivo, cuanto que, advertidos los socialistas de la importancia que la obra efectiva de los municipios tiene ahora y que ha de tener cada día más, tratará de explotarla con fines muy distintos.

Algunos teóricos de Inglaterra sostenían la conveniencia de poseer, no los parlamentos, sino los municipios; y fundan su opinión en que desenvolviéndose en esfera más íntima y más limitada estas corporaciones, son más á propósito para verificar el cambio que ellos preven: el de que la sociedad capitalista se convierta en comunista en plazo más ó menos largo; por eso vemos á los socialistas de todos los países trabajar con ahínco en las elecciones municipales; y para convencerse de que así lo hacen, basta recordar las elecciones del verano pasado, en Francia, donde en algunos ayuntamientos obtuvieron considerables mayorías.

Puntualizando las ideas vertidas en este artículo, y para terminarlo, diremos: que se acentúa cada vez más la tendencia de excluir las empresas privadas de la explotación de los servicios públicos, tales como el alumbrado, el agua, los tranvías... etc. las cuales, al pasar al cuidado de los municipios, son fuente de ingresos capaces de sustituir á los actuales, siempre que estén bien administrados y precaviéndose de exageraciones de funestas consecuencias; que hay que distinguir el espíritu social y democrático del espíritu socialista, y, en este sentido, no es lo mismo armonizar la iniciativa privada con los poderes públicos para la resolución de los problemas sociales, que dejarlos al arbitrio exclusivo del «Estado Providencia»; y que entendiéndolo así, y teniendo fe, como tenemos, en que el capital y el trabajo son perfectamente compatibles y armonizables, no creemos sea para alarmar á nadie (tanto más cuanto la iniciativa individual por sí sola resulta algunas veces incapaz de solucionar con facilidad la cuestión obrera) el que los Ayuntamientos medien con prudencia en el asunto, sin que, como hemos dicho, se grave ni se perjudique al contribuyente, cuya iniciativa en el campo anchísimo de las empresas privadas no se debe restringir en lo mas mínimo.

Las corrientes de la vida moderna, que sin cesar se complica, han hecho necesaria la ampliación de los poderes municipales introduciendo en la vida del Municipio contemporáneo una extensión de actividades que ha de relegar á la historia, para no volver jamás, á aquellas corporaciones antiguas, apáticas é inertes que nada hacían y todo lo dejaban al acaso. La educación del obrero, problema cuya importancia no será nunca bastante ponderada, por ser la

base de sus futuras relaciones en la sociedad y el fundamento de su regeneración moral; el problema de las subsistencias; el problema de la higienización de los talleres y el saneamiento de las viviendas, aparte de otros muchos que abarca la cuestión obrera y estudia la moderna economía, son otros tantos problemas cuya solución dependerá en gran parte de la iniciativa de las corporaciones municipales, ya que las tendencias nuevas les encargan la misión de sortearlas y resolverlas, al menos de un modo provisional.

JULIO JUNCOSA Y MOLÍNS.

VARIEDADES

Lluvia de sangre: La Fata morgana.—No hace muchos días recibíanse telegramas en toda Europa, remitidos de Palermo, Roma y Nápoles, dando noticia de la aparición del fenómeno conocido por *lluvia de sangre*. Durante todo el día, en esas ciudades, el cielo estuvo teñido de un color rojo extraordinariamente intenso; enormes nubarrones de púrpura arrojaban gotas de agua, como coágulos de sangre; al propio tiempo, en Nápoles se producía el maravilloso *Fata morgana*, es decir, un efecto de espejismo propio de los desiertos africanos. El espectador, puesto á la orilla del mar, contempla sobre las aguas inmensos palacios con interminables hileras de columnas, torres, calles de árboles (pinos, cipreses etc.), y hasta fantasmas movibles y horrosos.

Tales ilusiones son producidas por la refracción y reverberación de la luz solar en las partículas de polvo suspendidas en la atmósfera y traídas por furiosos huracanes, que se dejaron sentir días antes en la región de Túnez.

La verdad es que el hombre, en esta triste mansión no gana lo bastante para los sustos que se le preparan.

*
*
*

Receta para vivir mucho tiempo.—Sin embargo, por muy malo que sea este mundo y por grandes que parezcan las desgracias que nos aflijan, nadie desea abreviarlas y acabar pronto; el que menos, se ingenia y cavila buscando trazas para que dure la desdicha del vivir. He aquí la receta de larga vida que da un sabio inglés (pues ya se sabe que ahora no hay más sabios que los ingleses): «dormir ocho horas; acostarse del lado derecho; tener la ventana abierta durante toda la noche; no meter la cama junto á la pared; antes de almorzar, un rato de ejercicio; poca carne y bien cocida; ninguna leche (es mala para los adultos); mucho pescado; ejercicio diario al aire libre; no tener perros ni gatos ni otros animales en casa, porque traen gérmenes de enfermedad; vivir en el campo todo el tiempo que se pueda; viajesitos frecuentes; no tener mucha ambición; y sobre todo no tomar disgustos.»

A mí no se me ocurre añadir á la retahilla esta, más que una indicación: «conformarse, si á pesar de todas las precauciones, viene pronto el gori-gori;» y así se agota el ciclo de la sabiduría humana.

*
*
*

¡Qué salados son los yanquis!—Estos caballeros, aunque no son en sabiduría tan profundos como los ingleses, también buscan un medio de alcanzar longevidad. Han inventado un medicamento para conservarse en la eterna primavera de la vida: la sal.

Hasta el presente se salaban en Chicago los puercos; ahora se salan los hombres vivos; está la moda en furor: la ciencia ha dicho que la sal es el reconstituyente supremo. Para beber un vaso de agua, se le echa su miajita de sal, y el cuerpo se enardece y aviva, activándose todas las funciones.

Los periódicos anuncian las fórmulas y combinaciones más prodigiosas: dentro de poco, es fácil que muchas personas se conviertan, como la mujer de Lot, en estatuas de sal.

Se impone una reacción contraria: muchos médicos han averiguado que, si bien la sal repara las fuerzas, en cambio, expone al cuerpo á enfermedades mortales ó perniciosas. La sal provoca el escorbuto; y se ha dado el caso de volverse idiotas repentinamente, aquellos que han abusado del salado medicamento.

De donde han deducido otros, partidarios del *contraria contrariis*, que las inyecciones de suero con sal deben ser indicadas en casos de locura é idiotismo.

¡Y vaya V. á saber para quién resulta elixir de la vida, si para el que lo paga y toma, ó para el que cobra al prescribirlo!

* * *

El veneno de los comestibles.—Entre tanto, para hacernos perder la ilusión de vida eterna, conseguida por la sal, anuncian los químicos, que á toda hora nos estamos envenenando; comemos partículas de cobre, plomo y níquel, diluídas en los caldos y desprendidas de los utensilios de la cocina; nos intoxicamos al comer crustáceos, como langostas, langostinos y cangrejos; son tósigos los quesos y otras sustancias que sufren fermentaciones sospechosas. Acortamos la vida bebiendo alcoholes; tragando lo metido en latas de conservas (por el plomo de los cierres); bebiendo el agua de cañerías mal cuidadas; tomando bombones, pasteles ó chocolate, por las sustancias colorantes que les ponen; vino, cerveza, jarabes, etc., etc., etc. En resumen, que lo mejor sería inventar un régimen de vida, por el cual no se exigiera comer ni beber en muchos años seguidos.

Ya lo inventó en los tiempos pasados, un sabio de lugar; pero resultóle fallida la primera experiencia: tuvo la desgracia de morir, cuando ya se iba acostumbrando á no comer.

* * *

La sacarina, la vainilla y otros ingredientes.—Algunas industrias (y entre ellas la azucarera) están amenazadas por un formidable enemigo.

Leemos en «Le Temps» de París (núm. del 25 de Marzo) que se han introducido, como corrientes valores en el comercio de banca, las acciones de una sociedad química titulada: Sociedad general para la explotación de las patentes Porchère». Mr. Porchère es químico de gran fama en Lión. Ha descubierto un producto que puede reemplazar perfectamente al azúcar.

Este producto se puede vender á mitad de precio, porque casi nada cuesta al fabricante. La sociedad explotadora ha distribuido un dividendo de 15 por 100, y el consejo va á pedir, á la junta general de accionistas, autorización para reembolsar el capital, quedando las acciones de pura gracia.

Mr. Porchère ha encontrado también un producto económico para reemplazar la vainilla. Esta se vende á treinta ó cuarenta pesetas kilo, mientras la vainilla antigua se vendía á cien pesetas.

Además ha descubierto un clarificador del vino, que rebaja el 70 por 100 de los gastos, y por él se consigue la clarificación más completa y rápida.

La sociedad ha negociado la venta de patentes en diversos países: la patente inglesa se ha vendido por 1.250.000 francos; están muy avanzadas las negociaciones para realizar la patente española por el precio de 1.500.000. Para toda América, dice la circular de donde se han tomado estos datos, se han ofrecido 2.000.000, y aun no se ha aceptado el tipo.

Después de leer todo esto, me pregunto yo ¿como ha de existir en el mundo una persona que se llame *Por-chère* y haya descubierto maneras de fabricar algún producto que se pueda vender *por-barato*?

¡Misterios de la creación! ¡Muriendo y aprendiéndolo!

PAULINO.

BIBLIOGRAFÍA

L' Afrique Septentrionale au XII siècle de notre ère, por E. FAGNAN. Constantina—Braham—1900.

El laboriosísimo y erudito profesor de la Escuela Superior de Letras de Argel D. Edmundo Fagnán, conocido hace mucho tiempo en el mundo científico por sus numerosos trabajos, nos ha hecho el obsequio de enviarnos un ejemplar de este libro, que acaba de dar á la imprenta.

Trátase de la traducción de una obra geográfica cuyo autor es desconocido, pero del que se ha evidenciado que vivía en tiempos del príncipe Almohade Abu Yacub. De ella se había publicado un extracto mediocre é incompleto por Von Kremer en 1852; se tenían algunos manuscritos acéfalos ó truncados, casi todos incorrectos; su contenido, sin embargo, requería que se le estudiase y publicara, pues era de no despreciable valor para conocer el Africa Septentrional en la Edad Media, ya que el autor había bebido en buenas fuentes para obtener informaciones exactas.

Al Sr. Fagnán se debe el haber llevado á efecto la empresa de contrastar, corregir y ordenar esas distintas copias incompletas, para darnos, al fin, una traducción seguida y clara del conjunto. De ese modo no sólo ha logrado hacer labor de erudito, llenando el libro de útiles notas donde se exponen las variantes de los manuscritos, los textos dudosos, las observaciones críticas, etc., sino también de vulgarizador, ofreciendo una versión ordenada, que puede consultar, por sus cómodos índices, aun el público profano.

Nos anuncia el autor que, tras de este libro, vendrá la traducción de los grandes Anales del cronista oriental Benaldir, en la parte referente á España y Almegreb. Con ello se nos ofrecerá nuevo motivo para reiterarle nuestras felicitaciones y demostrarle nuestra gratitud.

J. R.

NOTICIAS

Hemos recibido, y con suma complacencia establecemos el cambio, las siguientes publicaciones:

Rivista di Storia Antica. Se publica trimestralmente en Mesina dirigida por los profesores G. Tropea, de la Universidad de Mesina, G. Beloch, de la Universidad de Roma y E. Pais, de la Universidad de Nápoles. Es una excelente revista: el número correspondiente al primer trimestre del año actual tiene cerca de 200 páginas y figuran en él trabajos muy eruditos é interesantes acerca de historia antigua, principalmente de Italia y Grecia, y extractos y juicios de libros y artículos de revistas que se ocupan de estas materias.

Unión Ibero Americana.—Publicación quincenal que aparece en Madrid dirigida por D. Luis de Armiñán. Se ocupa de asuntos americanos y aboga con calor por la idea de la unión latina en frente de la preponderancia anglo-sajona.

* * *

Ha comenzado á publicarse en Zaragoza un periódico semanal titulado *El Secretariado Aragonés*, dedicado á la defensa de los intereses de los secretarios de Ayuntamientos y Juzgados municipales.

Agradecemos el saludo que dirige á la prensa y le deseamos larga y próspera vida.

* * *

Nuestro certamen.—Después de ajustado el número de Abril (si bien cuatro ó cinco días antes de la salida del periódico y, por consecuencia, dentro de las condiciones del concurso), recibimos varias cartas de concurrentes á nuestro certamen. Por eso no pudimos dar cuenta de ellas en ese número.

Hoy tenemos el sentimiento de decir al Sr. «Licofronte de Tebas» que su apreciable carta y discretas correcciones y observaciones al número del mes de Febrero, fueron recibidas en la redacción de la REVISTA cuando ya se había repartido en Zaragoza el número de Marzo. Quedó, pues, incumplida una de las condiciones prescritas; y el respeto al derecho de los demás, nos veda el considerarlas como válidas, para los efectos del concurso.

Al número del mes de Marzo, presentaron correcciones «Virgilio» y «Brased»; al primero se le concedieron 26 puntos; y al segundo, 27.

Al número del mes de Abril, sólo ha presentado correcciones, á la hora en que se da este suelto á la imprenta, el Sr. «Brased», cuyo trabajo ha merecido 15 puntos.

Repetimos: la constancia es la que lleva al triunfo.